

La joya del parque

Leonor de Mendoza vivía en la ciudad de Madrid en una magnífica mansión de la época neoclásica situada no lejos del grandioso Palacio Real. Era una joven de dieciocho años, conocida en toda la región por su gran belleza, su ilustre ascendencia, la riqueza de su familia y su gran inteligencia. Todo eso contribuía a hacer de ella uno de los mejores partidos en aquel año de mil ochocientos cuarenta y cinco, dos años después de la coronación de Isabel II.

La joven estaba apasionada por la pintura, le encantaba observar los cuadros con los más mínimos detalles e intentar analizarlos. Tenía la suerte de tener en su casa decenas de obras maestras pictóricas de toda Europa pero no estaba suficiente para saciar su inextinguible sed de conocimiento. Por añadidura, aunque la pintura era su afición favorita, le gustaba todo lo relacionado con el arte, la literatura, las lenguas antiguas, la música, la historia, las artes escénicas y las ciencias.

Este gusto por la pintura le practicaba pintando, lo que hacía cuando ella y su familia se retiraban en su propiedad en Aragón.

Desde hacía algún tiempo la invadía una profunda melancolía. Era un verdadero misterio para todos, Leonor nunca había sido realmente alegre o expresiva y a menudo se refugiaba en los libros, pero nunca había estado tan melancólica. En realidad, había una razón para todo esto, se le había anunciado que pronto se casaría con Rafael el Conde de Queda. Era el arquetipo del esposo ideal para una joven, al menos a los ojos de la sociedad. Era guapo, cultivado, de nacimiento ilustre, joven y sobre todo rico. Nadie quería ni podía entender por qué no quería casarse con él. En el fondo, Leonor de Mendoza quería escapar de la realidad que la oprimía : sus inminentes nupcias. Quería huir, no importaba a dónde, pero quería dejar esta realidad.

Para eso sólo encontró una manera: refugiarse en la pintura, el único mundo que podía moldear a su manera, controlar. Había cogido un poco de pintura, un pincel y se puso a pintar. Había empezado por el fondo, un jardín inglés que sus antepasados habían construido a finales del siglo pasado en su inmensa propiedad. Leonor había decidido representar cada detalle, cada árbol, cada recodo del arroyo, cada roca y sobre todo, cada detalle escultórico del templo erigido a la gloria del amor.

Quería pintar esta propiedad para recordarla mejor, para aferrarse a ella, como el mástil de un barco a punto de hundirse. Cada día pintaba con un poco más de determinación, manteniendo la misma obsesión por el detalle. Refugiarse en este hábito, esta rutinaria, le permitía escaparse de la idea de su matrimonio, de su prometido, incluso le impedía pensar en él. La pintura se terminó después de una semana y Leonor pasó mucho tiempo mirándola. Un día se dio cuenta de que algunas de las rocas habían cambiado, que tenían un aspecto ligeramente diferente. El detalle era tan pequeño que ella fue la única que lo percibió. Para estar segura, preguntó a la gente del castillo, pero nadie observó nada. Llegó a la conclusión de que debía estar soñando, que no había pasado nada.

Al día siguiente volvió a ocurrir, hubo de nuevo algunas diferencias mínimas que sólo ella podía ver y que no podía explicar.

Volvió a ocurrir cada día, y eso asustó a Leonor, pensaba en esto día y noche, apenas dormía. Ahora no podía creer que los sirvientes simplemente no pudieran ver la diferencia, era demasiado obvia, demasiado grande. Una silueta iba tomando forma, cada día más clara. Nadie pareció darse cuenta del estado en que se encontraba Leonor, nadie se dio cuenta de lo asustada que estaba.

Un día, cuando miró el cuadro, se dio cuenta de que no era una cualquiera figura como había pensado durante mucho tiempo, era Leonor de Mendoza la que aparecía en el cuadro, sí era la joven.

Ella estaba en el cuadro y él, Rafael, de pie en la galería de retratos del castillo, miraba a ella prisionera de su cuadro. Ella había pintado su refugio, ahora estaba encerrada. Convertida para los siglos en la joya del parque desaparecida demasiado pronto.